

Miguel Sáenz, traductor

Pollux Hernández

polluxhn@me.com
Traductor

*con propiedad y elegancia,
sin añadir ni quitar.*



Miguel Sáenz es una especie de imponente iceberg del que incluso admiradores suyos conocen solo la cima. Todos los traductores españoles saben que es uno de los grandes de la profesión por la cantidad y calidad de su producción, y que gracias a él la literatura en alemán y más concretamente la obra de Brecht, de Grass o de Bernhard —por nombrar solo a algunos—, dispone en nuestra lengua de versiones verdaderamente dignas de la pluma de dichos autores. Pero Miguel Sáenz es mucho más y, para explicar su excelencia como traductor, conviene detallar lo que hay bajo la línea de flotación. Y escucharlo.

Además de traductor del alemán, del inglés y del francés, con un total de 200 obras entre novela, teatro, ensayo, poesía y hasta cine (como el guión de *Los paraguas de Cherburgo*), y miles de páginas de documentos institucionales, Miguel ha sido novelista, ensayista, aficionado al jazz, crítico de cine, navegante, aviador, funcionario internacional, general auditor y fiscal del Tribunal Supremo. Hoy es académico de la Lengua, el segundo traductor que se sienta en la Real Academia por serlo (el otro fue Valentín García Yebra), y miembro de la Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung.

Nacido en Larache en 1932, es doctor en Derecho y licenciado en Filología Alemana por la Universidad Complutense de Madrid, y además de sus tres lenguas de trabajo, conoce el árabe, el ruso, el italiano y el portugués. Ha sido, entre otras cosas, traductor y revisor de las Naciones Unidas en Nueva York y Viena, y también en otros organismos internacionales, delegado de España en la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, Asesor Jurídico del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial, y profesor de Derecho Aéreo en el Centro de Estudios del Instituto Iberoamericano de Derecho Aeronáutico y del

Espacio, y de Teoría de la Traducción en el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de Madrid.

Su singular ejecutoria de traductor ha sido reconocida con numerosos premios o galardones como el Premio Nacional Fray Luis de León de traducción de lenguas germánicas, 1981; el Premio Nacional de traducción de obras infantiles, 1983; el Premio Nacional al conjunto de la obra de un traductor literario, 1992; el Premio nacional austríaco para traductores literarios, 1996; la Medalla Goethe, 1997; la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania, 1997; el Premio Aristeion de la Unión Europea, 1998; el doctorado *honoris causa* en Traducción e Interpretación de la Universidad de Salamanca, 2002; el Premio de la Asociación de Directores de Escena de España, 2006 y 2007, y el Premio «Esletra», 2008.

Sabía de este hombre por amigos comunes que habían trabajado con él en las Naciones Unidas o en otros lugares, pero no lo conocí en persona hasta 2002 en Las Palmas, con ocasión de un encuentro que organizaba la Facultad de Traducción. Aparte de su ponencia (no olvidaré aquello de que «el mejor traductor de poesía es un traductor, aunque sea poeta»), me impresionó su sencillez —la modestia en los grandes los hace aun más grandes—, su bonhomía, su inteligencia y su saber. Desde entonces me honra con su amistad y he tenido el gusto de que accediera a participar en algunos eventos relacionados con la traducción, en los que siempre se mostró más que competente, generoso y cordial. Es un auténtico placer departir hoy con él, escucharlo, ahondar en su vocación de traductor, para los lectores de *Sendebarr*.

Vayamos directamente al grano: ¿qué es para ti la traducción?

Patricio Pron lo dijo una vez de una forma que me gusta: la traducción es literatura.

¿Cómo llegas a la traducción?

De mil maneras. Hay que andarse con ojo porque, de repente, te encuentras traduciendo. A veces pienso que traducir es tan natural en el ser humano como hablar.

¿Dónde y cómo aprendiste las lenguas que manejas?

Aprender es exagerado. En realidad, y no es falsa modestia, solo me siento semiseguro en español. Mi francés procede de Tánger: aprendido en el Liceo Francés pero también y sobre todo en la calle y en el cine «Paris», viendo espantosas películas de Victor Franzen. Mi inglés es de artesanía: lo aprendí leyendo *Gone with the Wind* (*Scarlett O'Hara was not beautiful*, etc.) y *Moby Dick*, y luego leyendo inglés durante años con la vaga intención de ingresar en el Cuerpo Diplomático. Mi alemán procede de la obstinación de Jaime Salinas, director de Alfaguara, y de *El rodaballo* de Günter Grass. Mi italiano se debe a Carla del Poggio, que me convenció en alguna película de Lattuada de que era el

idioma más bello del mundo. Mi portugués, mi ruso, mi árabe y mi sueco son puro bluf que alguna vez, cuando vacilo (en la quinta acepción del *Diccionario*), incluyo en algún currículo.

¿Recuerdas tu primera traducción?

Yes, Sir. Fue un clásico, el *Gemeinde-recht* (*Derecho administrativo municipal alemán*) de Otto Gönnerwein. Naturalmente, nunca me recuperé.

Fuiste novelista y novelista premiado.

¿Lo dejaste por la traducción?

No dejé la novela por la traducción, sino porque vi que escribir novelas pésimas y que te las premiaran y publicaran estaba chupado. De manera que me propuse dedicar un par de años a escribir alguna novela decente. Nunca encontré ese par de años.

¿Es toda escritura traducción? ¿Y toda traducción escritura?

Exactamente. No se podría decir mejor.

¿Fue un sacrificio dejar tus otras carreras para dedicarte a la traducción literaria?

Lo malo fue que nunca dejé mis otras carreras sino que traducía «además de». La consecuencia fue que nunca tenía vaca-

ciones, ni fines de semana libres... Pero me importaba un bledo. Lo peor de traducir, si te gusta hacerlo, es que te autoexplotas. Lo mejor, que lo pasas muy bien.

¿Lees traducciones de lenguas que conoces?

Tocado. Si creyera de verdad lo que digo, tendría que leer muchas más traducciones. Pero en el fondo, no me fío. Solo suelo leer traducciones de lenguas que conozco, por razones profesionales (cuando soy jurado de algún premio, por ejemplo) o por amistad.

¿Estarías de acuerdo con el gran Kumarayiva en que leer una traducción es como tragar lo que otro ha vomitado?

No, no estaría de acuerdo con el gran Kumarayiva (nombre que, por cierto, he tenido que mirar en Wikipedia). Un traductor no se traga lo que un autor vomitó sino que intenta reescribir lo que el autor hubiera debido vomitar.

Creo que me he expresado mal, pues no me refería al traductor (que a veces pienso que aprende lenguas por evitar precisamente la nutrición mediatizada), sino al lector de traducciones en general, a quien no le queda más remedio que absorber lo que le echen.

Soy yo quien había entendido mal; voy a tener que leer a Kumarayiva. Efectivamente, el lector que no conoce lenguas tiene que tragarse lo que le den. Por eso está siempre «vendido» (como lo está también, por cierto, el autor original: véanse las lamentaciones y perplejidades de Coetzee, Günter Grass, Norfolk Lawrence, etc.).

¿Qué es traducir?

Dices mientras clavabas en mi pupila tu pupila azul. Perdón, creo que no se aplica porque no tienes la pupila azul.

Te ha quedado genial, y más elegante no cabe. Pero, ya que no entras al trapo y hablando de elegancia: es una de las cosas que recomienda otro señor, Pichó y Ríus (al que no encontrarás en Wikipedia), que tradujo a Vives en el XVIII y condensó el arte de traducir en los dos octosílabos que

encabezan este diálogo. ¿Suscribirías su concisa receta?

La suscribo, y creo que también la suscribiría don Valentín García Yebra.

Y, ante la disyuntiva de Schleiermacher (acercar la obra al lector o dársela en la salsa del autor), ¿por qué opción te inclinas?

Sin duda alguna, por la proximidad al autor traducido. La consecuencia es, siempre, el enriquecimiento de la lengua a la que se traduce.

Has afirmado alguna vez que el traductor «es un creador y un falsario a la vez». ¿Um fingidor, como el poeta pessoano? ¿Por qué?

Es un falsario porque intenta vender como original algo que no lo es. Y es un creador (en el mejor de los casos) si consigue vender algo que vale igual.

¿Es posible la traducción perfecta o hay que aceptar que es siempre un sucedáneo?

Desconfío visceralmente de la perfección. Generalmente, un perfeccionista es un idiota erudito. Y una traducción es una traducción.

¿Cómo se sabe si una traducción es buena? A veces la ponderan quienes no conocen la lengua de la que se tradujo. ¿Echas en falta críticos de traducción?

No se sabe, se opina sobre ella. «A veces» es poco, yo diría casi siempre. Y sí que echo en falta críticos de traducción en España y me extasío leyendo a los que escriben en el *New York Review of Books*. Qué culturón.

Cuando traduces una obra ya traducida, ¿consultas el trabajo de otros colegas en la nuestra o en otras lenguas?

Cuando traduzco una obra ya traducida suelo consultar las traducciones al español existentes... después de hacer la mía sin mirarlas. Generalmente me siento bastante reconfortado (lo que es necia vanidad). En cuanto a traductores extranjeros, la verdad es que más de una vez (después de hacer mi

traducción) los he consultado e introducido algún hallazgo en consecuencia. Hay mucho talento suelto por ahí.

¿Cómo traduces un libro: lo lees de cabo a rabo, investigas, te documentas y luego empiezas, o te lanzas a traducir en el momento en que abres la primera página?

Creo que lo de leer un libro de cabo a rabo antes de traducirlo ha pasado a la Historia. Se puede y se debe comenzar una traducción por cualquier parte. Y la documentación es continua: hoy quien no sabe es porque no quiere saber o es demasiado vago para molestarse.

Durante años disfrutaste de la amistad de Grass, que te convocaba unos días junto con otros traductores suyos para informaros y documentaros sobre una nueva obra. ¿Qué quería de sus traductores?

Grass, como todo «autor», sentía un terror ciego hacia lo que los traductores pudieran escribir usufructuando su nombre. Y se sentía muy bien con ellos, porque somos gente pacífica, colaboradora y respetuosa. Por otra parte, no sabía idiomas y por eso trataba de convencer a los traductores de que sus traducciones eran suyas, de los traductores. Además, era un excelente cocinero y, la verdad, yo lo quería mucho.

Tenía entendido que estudió español para leer el *Quijote*...

No lo sabía y me extraña. Todo novelista es un mentiroso compulsivo.

¿Es importante para el traductor, y en consecuencia para el resultado de su trabajo, poder elegir sus autores?

Es fundamental. No puedo imaginarme traducir a alguien que aborreces o desprecias, aunque no se debe despreciar a nadie.

¿Traduciendo a qué autor te has sentido más a gusto?

Traduciendo a Salman Rushdie. Es todo un personaje, en muchos sentidos imposible, pero un gran amigo y una inteligencia en estado puro. Además, escribe un inglés fabuloso.

Cuando traduces teatro (Brecht, Bernhard), ¿piensas en el lector o en el espectador?

Pienso en el lector. La representación es harina de otro costal y todos (director, productor, actores...) meterán luego baza.

Cuando traduces libretos de ópera, ¿qué es lo más importante?

Lo más importante es que me dan un par de invitaciones para asistir al ensayo general, ya que mi modesta economía de traductor no me permite ir a la ópera en Madrid.

Me refería a la importancia de colaborar con quienes montan la ópera y si tienes en cuenta sus opiniones o sugerencias, o si haces como para el teatro, es decir traduces sin pensar en la representación.

Nunca he recibido opiniones ni sugerencias en esa materia, y alguna vez (rara), cuando leo los subtítulos en español, supuestamente basados en mi traducción, me parecen espeluznantes. De todas formas, admiro el trabajo de los que subtitulan, un trabajo que yo sería incapaz de hacer.

¿Traducción literaria o traducción institucional?

La traducción institucional y la literaria son lo mismo. Solo que la primera está mil veces mejor pagada.

¿Cómo se compadece la traducción jurídica o económica con la traducción literaria?

Se compadecen perfectamente. De hecho, creo sinceramente que se enriquecen entre sí.

¿Cuántas páginas debe haber traducido un traductor para considerarse hecho?

En mi modesta opinión, un traductor no debe considerarse nada. Hay traductores que solo han traducido un verso y son geniales (aunque seguramente son muy pocos).

¿Cómo ves el futuro de la traducción? ¿Desaparecerá?

Yo lo veo bien. Sin embargo, si la esclavitud desapareció (oficialmente) hace un siglo, me temo que la esclavitud traductora perdure por los siglos de los siglos.

Pero las máquinas cada vez lo hacen mejor, al menos la traducción no literaria. ¿Crees que habrá máquinas capaces de remedar lo que tú haces o la traducción literaria será siempre un producto artesanal?

Creo que la máquina-traductora y, sobre todo, el traductor-máquina existen ya. Cuando lo que importa es la rapidez de la traducción de una serie o saga, hablar de calidad carece de sentido.

Pasemos a un tema que sin duda interesa especialmente a los lectores de *Sendebär*: ¿puede enseñarse a traducir?

Claro que sí. Todo lo que se puede aprender se puede enseñar.

Impartiste Teoría de la Traducción en el Instituto de Lenguas Modernas y Traductores de la Complutense, y has escrito algo sobre el tema, en particular en tu obra *Traducción. Dieciocho conferencias nada magistrales y dos discursos de circunstancias* (Salamanca 2013). ¿Ayudan a traducir mejor las teorías de la traducción?

A traducir ayuda todo. Un día que estaba inspirado dije: «Un traductor será culto o no será».

Teniendo en cuenta que ni tú ni otros grandes traductores habéis cursado estudios de traducción, ¿crees que son útiles, o necesarios?

Vayamos por partes. Para poder enseñar Teoría de la traducción, hace muchos años, estudié como un bárbaro. Eso me sirvió para descreer de la teoría, pero me queda un rescaldo. Todo sirve para traducir mejor.

¿Cómo ves los estudios de traducción en España?

Muy, muy bien. Es sorprendente ver cuánta gente se dedica a una profesión en el fondo tan menestral y tan desesperada.

Y cuánta gente, con la licenciatura de traductor a cuestas, tiene que dedicarse a otros menesteres...

Así es. Pero al menos habrán adquirido cultura y una habilidad que un día puede hacerlos felices.

¿Qué cualidades debe poseer un buen traductor?

Ante todo, humildad. Luego, cierta seguridad en sí mismo, qué demonios.

¿Qué consejos darías a un joven traductor, como los estudiantes que leerán estas líneas?

Que traduzca lo que le propongan, siempre que no le dé arcadas. Que aprenda a querer lo que traduce aunque no pueda traducir lo que quiera.

¿Se puede vivir de la traducción?

Malament, como decimos en catalán.

¿Cómo se enfrenta un traductor a su depredador natural, el editor? ¿Tienes agente?

Los editores son (en general) encantadores. La edición (en general) siniestra. Jamás he tenido agente, pero nunca digas de esa agua, etc.

¿Qué supuso para ti el doctorado de la Universidad de Salamanca?

Una gran satisfacción personal y un problema de conciencia: ¿no se habrían equivocado?

¿Y tu ingreso en la Academia?

Una gran sorpresa y el mismo problema de conciencia.

¿Qué haces concretamente en la Academia?

En la Academia haces de todo, aunque en gran parte lo que quieres. Yo, sobre todo, aprendo. A veces, puedo aportar algo, no fruto de mi erudición (?) sino de mi experiencia.

Pero más concretamente, ¿en qué comisiones participas y para qué?

Mi comisión se llama de «vocabulario técnico y científico», pero, aunque es una comisión encantadora, nunca me he explicado muy bien por qué pertenezco a ella. Hago lo que puedo, sobre todo haciendo compa-

raciones con otros idiomas, y me siento vagamente útil. También formé parte del numeroso grupo de colaboradores que en 2016 elaboró el *Diccionario del español jurídico* dirigido por el profesor Muñoz Machado. Yo me ocupé del Derecho militar y del aeronáutico. En general (cito literalmente los Estatutos) los académicos debemos «contribuir a los fines de la Academia, desempeñar las comisiones que esta les encomiende, asistir a las juntas y votar en todos los asuntos que lo requieran».

Cuando, entre muchos otros, Vargas Llosa te escribió que había leído «con placer muchas de sus excelentes traducciones», ¿sentiste la confirmación de que todo lo que dejaste por la traducción había merecido la pena?

En realidad no me lo escribió sino que lo escribió. Me puse contentísimo. Sin embar-

go (véase *supra*), yo no había abandonado nada por la traducción.

¿Qué estás traduciendo ahora?

Siempre digo que no quiero traducir más, porque ya está bien. Sin embargo, en ocasiones me dejo convencer: una obra de teatro, una novela gráfica...

¿¡Una novela gráfica!?

A mí tampoco me gusta el nombre, pero me encanta la novela gráfica y he traducido un par de cosas del gran Nicolas Mahler.

Dime algo de Grita Loeb sack.

Grita Loeb sack es *my wife* y mi colaboradora en la traducción de las obras de Günter Grass. En otras traducciones no, por razones que sería largo explicar. Básicamente porque los dos somos Leo.

Me despido de Miguel con un abrazo, un abrazo sentido y cálido, no sin recordar que el símil del iceberg, un iceberg sólido, profundo, discreto, callado, no solo sirve para definir a este gran traductor, sino que puede aplicarse a todo aquel que elija seguir sus pasos, pues, de todo lo que es y sabe un traductor, solo una pequeña parte debería aflorar en su trabajo.

A guisa de complemento de esta entrevista, añado un compendio de las ideas de Miguel Sáenz sobre la traducción, entresacadas de sus publicaciones sobre la materia.

- Toda actividad humana es el ejercicio de una voluntad de traducción.
- La traducción es un misterio que, como la música, solo puede explicarse mediante metáforas.
- A la hora de la verdad, la teoría de la traducción sirve para muy poquito, pero cada traductor debe tener su propia teoría de la traducción.
- La traducción es un género literario de la lengua de llegada.
- La traducción debe meter al lector en la cultura del original, sin pretender que sea literatura castiza.
- A traducir se aprende traduciendo, pues traducir enseña a leer (atenta más que intensamente) y a escribir.
- El mejor método para aprender a traducir es la traducción colectiva.
- Para hacer una buena traducción hay que amar y respetar lo que se traduce.
- Hay que traducir no solo lo que el autor dijo, sino lo que quiso decir.
- Una buena traducción no necesita puestas al día, pues puede envejecer y permanecer como un buen original.
- Aparte de sus amplios conocimientos lingüísticos y generales (debe ser culto), un buen traductor ha de poseer tres cualidades: rigor, responsabilidad y sentido común.

- Un traductor nunca puede pretender mejorar el original, pero su traducción es infinitamente perfectible.
- El traductor es un escritor suficientemente humilde para ponerse, como un copista, al servicio de otro.
- Para traducir poesía no hay que ser poeta, sino traductor.
- No es cierto que en España se traduzca al español mejor que en ningún sitio. Ni que hoy se traduzca mejor que antes. Ni que antes de empezar a traducir un libro haya que leerlo entero.
- Todo traductor es un creador y un falsario a la vez.
- El traductor puede engañar al lector, al editor o al crítico, pero no puede engañarse a sí mismo.
- El enemigo natural del traductor es el editor.